

LA EDUCANDA.

PERIODICO DE SEÑORITAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. La Familia, por don A. Pirala.—A Dios, en el augusto Sacramento de la Eucaristia [Soneto], por doña Antonia Díaz de Lamarque.—Leyendas Bíblicas: Agar, por doña Micaela de Silva.—Bellas Artes: La Arquitectura, por E. H.—La Paciencia (cuento), por don Augusto Jeréz Perchét.—Anécdota.—Labores, por doña Joaquina G. Balmaseda.—GRABADOS: La Catedral de Córdoba.—La Alhambra.—LAMINAS: Pliego de Patrones.—Pieza de música, para la edición completa.

EDUCACION MORAL.

LA FAMILIA.



A importancia de esa institucion divina llamada la familia, es tan grande, tan inmensa, que es inapreciable. Base de la sociedad, lo es tambien de todas las virtudes: en ella se forma el génio, de ella sale el héroe, el sér que enjuga las lágrimas del infortunado, el que alivia los dolores del que sufre; ella es el manantial de todo bien.

Búsquese el origen del vicio, de los crímenes, y de seguro que no se hallará en la familia, que es siempre santa. El criminal busca la soledad, y halla los compañeros de sus crímenes fuera de la familia, entre los que están igualmente divorciados de ella. La familia dá decoro, inspira temor, y se huye de ella para lanzarse al vicio ó al crimen.

Véase por el contrario las personas que viven en su seno, que no hallan satisfacciones fuera de ella, que no la ocultan su proceder, y de seguro que no hay que reprocharlas. Si la conducta privada es el reflejo de la pública, no puede menos de ser altamente laudable la de cuantos viven en familia á satisfaccion de todos sus individuos.

Demostrada, aunque tan ligeramente, la importancia de la familia, pues á tratar el asunto de la manera debida, necesitaríamos ocupar muchas páginas, no es menester esfuerzo alguno para persuadir á nuestras lectoras el gran interés que tienen, no solo en conservar ese santo enaltecimiento de la fa-

2.^a ÉPOCA.

milia, sino en aumentarle, cuanto sea posible, y procurar siempre que sea el santuario de la virtud.

Las madres no pueden menos de aspirar á este fin: va en ello no solo su propio interés, sino el de sus hijos, que para una buena madre es preferible al suyo. Pero si tal interés tiene para las madres, es mayor para las hijas. La madre que se vé rodeada de su familia, ha cumplido ya la mayor parte de su carrera, casi toda su mision: no así las hijas, que la empiezan. Y no podrán seguirla dignamente si no comienzan considerando la familia como el principal móvil de sus acciones.

Teniendo presente que todo debe ser por la familia y para la familia; pensando en todos los actos de la vida, y que de ellos se ha de dar cuenta á la familia; que no debemos hacer lo que no pudiáramos hacer en su presencia, nuestra conducta será conveniente y digna, será la que debe ser.

Las jóvenes, miembros queridos de toda familia, no pueden, ni deben olvidar que mas adelante han de ser el núcleo de otra, y á la que han de dirigir, y sino han obedecido á sus padres, sino han observado esas reglas imprescindibles en toda familia bien ordenada, ¿con qué derecho exigirian esa obediencia y esa observancia en las demas?

En la juventud todo se observa: los padres por comprender las escelencias de sus hijas, lo que son, lo que prometen ser, y medir por lo que se espera su felicidad: las amigas por conocer no solo las cualidades dignas y bellas que adornan á la jóven, sino los puntos vulnerables que tienen para comparar ó para criticar, que es lo mas frecuente, aunque debiera serlo mas la caridad; y el hombre, ya busque la amistad ó el cariño, si es de los que en algo se aprecian, observaba tambien las virtudes de la jóven, su proceder en todo; y todos la observan y todos la ven en la familia, ese espejo en que se reflejan las virtudes.

La familia por sí constituye una felicidad : hallamos en ella proteccion y amparo , consuelo y alivio, ¡ cuán grande sería nuestra ingratitud si no la pagáramos debidamente ! Y nada sin embargo mas fácil : obremos con ella como séres agradecidos ; tiendan á su bien todas nuestras acciones ; procuremos conservar pura la santidad que la rodea, que nada la profane, y pensemos constantemente en su enaltecimiento. Así todo el bien que hagamos á la familia, lo hacemos á la sociedad, de la que es reflejo, y el hacer bien á la familia y á la sociedad, sobre ser un deber imprescindible, es hacernos bien á nosotros mismos, es dar tranquilidad y satisfaccion á nuestra conciencia, y es hacernos dignos miembros de la familia y de la sociedad.

A. PIRALA.

Á DIOS,

EN EL AUGUSTO SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA.

SONETO.

Tu infinito poder en la armonía
Se ostenta ¡oh Dios! de la creacion entera ;
Lo anuncian siempre la feraz pradera,
La montaña, el volcan, la selva umbría.

Lo anuncia el astro que preside al dia,
Los roncros mares, la tormenta fiera,
Y los mundos brillantes que en la esfera
Tu voluntad omnipotente guia.

Mas si del cielo bajas ¡oh Dios mio!
Y en *pan de gracia* por tu amor trocado
Das vida al alma que feliz te implora ;

Tan alta cual tú inmenso poderío
Muéstrase tu bondad, y prosternado
Tu pueblo humilde con fervor te adora.

ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE.

LEYENDAS BÍBLICAS.

AGAR.

Sara, mujer de Abraham, era estéril ; el Señor la tenia destinada para ser madre de su pueblo escogido, porque del hijo que dió á luz en la vejez, nació Jacob, y este fué la estirpe generosa que produjo las doce Tribus de Israel. Pero Sara, como nosotros, ignoraba los misterios del porvenir.

Otra mujer, menos privilegiada, debia ser madre tambien de una raza poderosa que se halla estendida por el haz de la tierra ; esta es la que vamos á presentaros en escena.

Sara, ó Sarai, como entonces la llamaban, tenia una esclava egipcia, de nombre Agar, jóven, agraciada, robusta, de tez morena y flexible talle, de ojos vivos, negros y rasgados, altiva de condicion, pero mansa en apariencia, pues solo así podria captarse la voluntad de su señora ; ésta sabia lo mucho que al Patriarca le afligia su esterilidad, y haciendo el sacrificio de su amor propio, le dijo : — Puesto que me hallo privada de la dicha de ser madre, quiero darte á mi esclava, y acaso por medio de Agar conseguiré tener un hijo.

En nuestros dias pareceria chocante y hasta criminal semejante proposicion, pero entonces no era lo mismo. El matrimonio en la ley antigua no tenia ese carácter sagrado que le imprimió Jesucristo elevándolo á Sacramento. Ahora los esposos se deben una estricta y recíproca fidelidad, y ninguno de los dos puede quebrantarla sin cometer un crimen reprobado por las leyes divinas y las humanas : el adulterio es un crimen odioso en el hombre, que como cabeza de la familia está primeramente obligado á darla ejemplo ; si la cabeza no está sana, los miembros se resienten y enferman. ¿ Qué mucho que arda la casa si el dueño arroja en ella ese tizon inflamado en las llamas del infierno ?... Pero en la mujer es una infamia que marca su frente con el estigma de la reprobacion y del desprecio del mundo ; lo primero, porque sus consecuencias son mas graves todavía, y lo segundo, porque una falta de pudor en la mujer repugna doblemente ; su corazon está formado para la virtud, y como ha dicho un escritor : — « Tanto mas fea parece una mancha, cuanto mas hermosa es la tela donde cae. »

El insigne Balmes dice : — « Un celo incansable por la santidad del matrimonio, y un sumo cuidado en llevar el sentimiento del pudor hasta el mas alto punto de delicadeza, son los dos polos de la conducta del catolicismo para realzar á la mujer. » Si reflexionamos esto, preciso es convenir en que la mu-

jer que no agradece al catolicismo ese cuidado, estima en poco su dignidad, y se halla muy lejos de comprender sus verdaderos intereses. La Iglesia católica es quien dice al hombre: Compañera te damos y no sierva, ámala como Cristo amó á su Iglesia. ¿Quién, sino su augusto y divino fundador dijo?—« Los hombres no podrán nunca separar lo que Dios ha unido. » Ved ahí porqué la religion católica debería tener un celoso apóstol en cada madre de familia y en cada jóven que aspire á serlo; prescídase de la santidad del matrimonio, y la mujer perderá su importancia social, importancia no pequeña, en verdad, porque de la degradacion de la mujer nace la degradacion del hombre, y sino véase lo que son ellos en los paises donde las madres son abyectas; allí solo encontrareis déspotas ó esclavos.

Pero estas reflexiones nos han apartado insensiblemente de nuestro asunto, volvamos á él recordando que las costumbres eran otras, y que la luz del Evangelio aun no habia iluminado al mundo.

Agar, viéndose favorecida por Abraham y en vispera de ser madre, comenzó á manifestar su condicion altiva, faltando mas de una vez al respeto debido á Sara; ésta se quejó amargamente á su esposo, diciendo:—He querido darte por medio de Agar el hijo que deseabas, y ahora me veo despreciada por ella. El Señor sea pues entre tú y yo.

Abraham, comprendiendo lo justo de la queja, respondió:—Tu esclava es, haz con ella lo que te plazca.

Sara con toda su bondad, era mujer al fin, y estaba celosa, esto quizá la hizo mas severa de lo regular; ello es que la esclava huyó de la casa de Abraham, y fué á ocultar su despecho en la soledad.

Sentóse á llorar junto á un pozo inmediato al camino de Cadés.

—Agar! Agar! dijo una voz de lo alto. ¿Qué haces ahí? Por qué lloras?

—He sido maltratada por mi señora, contestó Agar sollozando, y huyo de su presencia.

—Vuelve á la tienda de Sara, repuso la voz, y humíllate bajo su mano.... Sabe que pronto darás á luz un hijo, á quien pondrás el nombre de Ismael, porque ha visto el Señor tu afliccion.

Ismael será un valiente, un hombre indómito, su mano se alzaré contra todos, y las de todos se levantarán contra él; pero tu hijo plantará sus tiendas frente á frente de las de sus hermanos.

Oyólo Agar y levantó sus ojos al cielo, exclamando:—El Señor me ha visto! El Señor se ha dignado hablarme, desde ahora llamaré á este manantial el pozo del Señor que me ha visto; este pozo se halla situado entre Cadés y Barard.

Agar volvió á la casa del Patriarca, y en ella dió á luz un niño, á quien se llamó Ismael; éste creció bajo la proteccion de Abraham, pero tambien bajo la

influencia de su madre, así es que desde la cuna empezó á dar muestras de una condicion altiva, y á manifestarse poco afecto á Sara.

Agar creia imposible que Sara tuviese hijos, atendido á lo avanzado de sus años, pero el Señor lo dispuso de otro modo, y la mujer estéril dió fruto de bendicion.

Una tarde muy calurosa el Patriarca se hallaba sentado al pié de un árbol cercano á su tienda, y vió que avanzaban por el camino tres gallardos jóvenes, levantóse, y saliéndoles al encuentro, dijo:—Si atendeis á mi ruego no paseis adelante, sentaos aquí á la sombra mientras voy á traer agua para que os laveis, y luego tomareis algo para reparar vuestras fuerzas antes de proseguir vuestro camino.

—Sea como tú dices, contestaron los viajeros sentándose á la puerta de la casa y bajo el frondoso ramaje.

Abraham se internó en la tienda y dijo á Sara, elije la mejor harina que tengas, y amasa unas tortas, hízalas cocer en el rescoldo mientras voy á buscar lo necesario para que merienden unos huéspedes que han llegado á nuestra puerta.

Dicho esto, salió en busca del mejor de sus cordellos, hizo que le cocieran y sazaran, ordeñó las ovejas, estrajo la nata, y con todo ello sirvió por sí mismo á los forasteros, permaneciendo en pié mientras ellos descansaban.

Concluida la merienda, uno de los viajeros preguntó:—¿Y Sara, tu mujer, dónde se halla?

—Ahí dentro está, respondió el Patriarca señalando á la tienda.

—Escucha, continuó el jóven, para tal época volveré á visitaros, entrambos vivireis, y Sara te habrá dado un hijo.

Sara, que á fuer de anciana era curiosa, estaba detrás de la puerta escuchando la conversacion, y no pudo menos de sonreirse diciendo interiormente.—A buen tiempo, Abraham y yo somos demasiado viejos para tener hijos.

—¿Por qué se ha reido Sara? preguntó de improviso el viajero que habia tomado la palabra. ¿Por qué dice que tú y ella sois ya demasiado viejos para tener hijos? Hay algo que sea difícil para Dios? Repito que vendré segun mi palabra, y que tu mujer habrá dado á luz un primogénito.

—Yo no me he reido, exclamó Sara desde dentro, llena de confusion y no poco asustada.

—Sí te has reido, afirmó el viajero poniéndose de pié; sus compañeros le imitaron, y juntos emprendieron el camino de Sodoma, acompañándolos el Patriarca un buen trecho.

Estos viajeros eran enviados por el Señor á Lot, para notificarle que huyera con su familia de aquella nefanda poblacion que fué abrasada por la lluvia de fuego en castigo de sus vicios. Ejemplo terrible, cuya

memoria estremece al viajero que recorre las orillas del Mar muerto.

En la época señalada por el ángel, Sara dió á luz á su hijo Isaac. Renunciamos á pintar el regocijo de sus padres; uno y otro bañaron con lágrimas de inefable ternura la faz hermosa de aquel niño, en quien debían realizarse las promesas de Dios. En uno de sus descendientes, habia dicho el Señor, serán benditas las generaciones y los pueblos del mundo.

Sara, la venerable Sara crió á Isaac, alimentándolo con el jugo de su seno, y Abraham la contemplaba extasiado; sus corazones se habian rejuvenecido. ¡Ni en los primeros días de su felicísimo enlace se habian amado tanto!—Abraham, decia Sara, mirando alternativamente al niño y á su padre, yo me reí, es verdad, pero ahora se regocijarán conmigo todos cuantos sepan esto. ¿Quién hubiera creído que tu vieja Sara se habia de convertir en nodriza? y despues levantando al niño entre sus brazos, cubria su rostro de besos, prodigándole con efusion esas palabras tiernas, casi locas, que solo brotan de los labios de las madres y hacen sonreír á las que no lo son.

Pero entretanto la pobre Agar sufria; su corazon de madre se desgarraba con la idea de ver á su hijo desheredado, y sujeto á la primacia de su hermano menor; todas las bendiciones, todas las caricias, son para Isaac, repetia. ¡Ismael, Ismael! Qué será de tí?

Acaso estas reflexiones acibaraban doblemente su carácter, inspirándole una injusta prevencion contra el inocente Isaac; y como los sentimientos de la madre influyen tan poderosamente sobre los tiernos corazones de sus hijos, no seria extraño que Ismael participara de su antipatia, y surgiera entre los hermanos la discordia; esto podia ser origen de mil disturbios en la familia.

Sara debió comprenderlo así, y temerosa de las consecuencias, exigió de Abraham un sacrificio harto doloroso en verdad.—No consentiré, le dijo, que nuestro Isaac se crie junto al hijo de la esclava, despide á la madre y al hijo.

Mucho afligió al anciano esta exigencia por causa del pobre Ismael, y oró al Señor pidiendo que alumbrara su espíritu; entonces el ángel se le apareció y dijo: No atribuyas á dureza de corazon las palabras de tu mujer, y haz lo que te dice, así conviene á los designios del Señor.

Abraham en consecuencia despidió á la esclava, puso encima de sus hombros un cántaro lleno de agua, dióla pan, y acariciando á Ismael, con harta pena se lo entregó á su madre, diciendo:—«Parte adonde quieras»

Agar era demasiado altiva para manifestar el sentimiento que amargaba su corazon, partió sin derramar una lágrima en presencia de sus amos; pero ¡cuántas vertería la infeliz cuando se vió sola con el hijo de sus entrañas, viendo cerrarse para él las puer-

tas del hogar paterno!! Con qué delirio estrecharia su cabeza infantil contra su pecho lacerado por el orgullo, el dolor y la fatiga.

Encaminóse al desierto de Beersabec, y bien pronto una privacion horrible puso el colmo á su desventura; el niño se quejaba de sed, y la madre, cuyas fauces se abrasaban, no tenia una sola gota de agua con que apagarla. ¡Pobre mujer! Cuánto hubiera estimado entonces sus lágrimas, si con ellas hubiera podido aliviar la sed de su hijo, que ya casi no podia respirar! Entonces, fuera de sí, comenzó á sollozar; colocó á Ismael á la sombra de un árbol, y retorciéndose los brazos con desesperacion, alejóse como á un tiro de flecha, exclamando con voz ronca y entrecortada por los sollozos: —No, no tengo valor para verle morir. ¡Hijo mio! Hijo de mis entrañas!

De improviso llegó á sus oídos una voz que la llamaba, escuchó anhelante, y el ángel del Señor la dijo:—Nada temas, Agar, Dios acudirá en tu auxilio: el Señor ha oído la voz de tu hijo, escucha: ¿No percibes un rumorcillo entre los árboles que tienes á la espalda. Es una fuente que se desliza sobre la yerba.

—Una fuente! gritó Agar dirigiéndose al sitio indicado por el ángel. ¡Oh, sí! Gracias, Dios mio, gracias, repetia llenando su cántaro en el cristalino y oculto manantial, y pronta como el relámpago, partió adonde habia dejado á su hijo, cuya sed apagó sin acordarse de la suya que tanto la aquejaba, porque las madres se olvidan de sí mismas, cuando ven padecer á sus hijos.

El ángel la dijo despues.—¿Te acuerdas del pozo de la vision divina? El Señor nunca engaña en sus promesas; conduce á tu hijo por la mano, por él serás progenitora de una raza de valientes, numerosa como las arenas que baña el sol en el desierto.

Ismael y su madre habitaron en las soledades de Haram; el niño creció en robustez y hermosura varonil; hombre ninguno le aventajó en el manejo del arco cuando llegó á la edad viril; su madre le casó con una egipcia; sus descendientes poblaron los desiertos de Arabia, y la raza de Ismael llegó á ser celeberrima en los fastos del mundo.

España un tiempo sufrió el yugo de su dominacion, pero le sacudió el valor de sus hijos; despues de una lucha que se prolongó al través de los siglos, la cruz del Redentor eclipsó á la media luna; el centro de Isabel primera hizo pedazos la corona de Boabdil el chico, último rey de Granada; los Ismaelitas volvieron á sus desiertos, dejando aquí para memoria de su grandeza pasada y su perdida civilizacion, esos grandiosos monumentos árabes, que aun están recordando á los cristianos la gloria, el predominio y la riqueza que alcanzaron en el mundo los descen-

dientes de *Agar*, que de su nombre fueron llamados *Agarenos*.

MICAELA DE SILVA.



BELLAS ARTES.

LA ARQUITECTURA.

De la primera cabaña que construyó el hombre para guarecerse de la lluvia, del frío y del calor, trae su origen la Arquitectura, que tantas maravillas ha realizado en el transcurso de los siglos, de las que son elocuente testimonio las ruinas del mundo antiguo, los monumentos que se conservan de la edad media, y los que honran á la presente.

Los diferentes estilos de arquitectura que se conocen han tomado el nombre de los pueblos y de los tiempos en que han florecido; así es que hay arquitectura *egipcia*, *persa*, *india*, *fenicia*, *hebrea*, *griega*, *romana*, *árabe*, *gótica*, *sajona* y *china*; y según las épocas, arquitectura de los *buenos tiempos de la Antigüedad*, del *Bajo imperio*, y de la *Edad media*.

Caracteriza á la primera la solidez de la construcción y la dureza de las formas: no obstante que hizo en un principio grandes progresos no llegó á la perfección, porque las instituciones políticas, y sobre todo, el apego á las costumbres, no permitían á los egipcios ensanchar el círculo de los conocimientos que habían adquirido. Sus edificios favoritos eran las *grutas subterráneas*, las *pirámides*, los *obeliscos*, los *laberintos*, los *templos*, los *canales* y las *Cámaras monolithes*, ó de una pieza. Las *pirámides* han llegado hasta nosotros venciendo el tiempo, así como algunas *esfinges*, monstruo fabuloso con la cabeza y cuello de mujer y el cuerpo de león (en representación de que la fuerza y el valor debían guardar las gracias de la mujer), con las que adornaban las puertas de

sus palacios y de sus templos, sirviendo las de gran tamaño para sepulcro de los reyes.

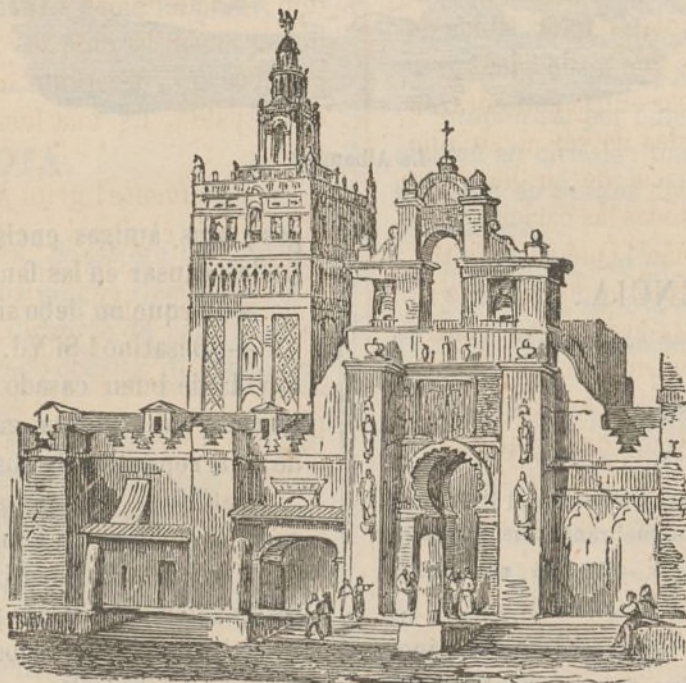
Los griegos sobrepusieron en arquitectura, como en las demás artes á los egipcios, á los indios, á los persas, á los fenicios, á los hebreos y á los etruscos: díganlo las descripciones de los templos de Apolo, en Delfos, y de Diana, en Efeso, una de las siete Maravillas del mundo, comenzada en 1243, antes de nuestra era, por las Amazonas, y que se tardó en construir, según Plinio, doscientos años, y otros doscientos en adornarle y embellecerle. Caracterizan á la arquitectura griega la grandeza hermanada con la elegancia y la sencillez: tenía tres órdenes, el *jónico*, inventado por Ionio; el *dórico*, al que dió su nombre Dorus, y el *corintio*, debido á Climaco. Su historia puede dividirse en cuatro períodos: el primero abraza los tiempos ante-históricos; el segundo, los primeros tiempos históricos; el tercero, desde Peri-

cles á Alejandro el Grande, en que llegó á su mayor esplendor; el cuarto desde Alejandro el Grande hasta Augusto, y el quinto desde Augusto hasta la decadencia.

Los romanos recibieron de los Etruscos las primeras nociones de arquitectura; en gusto quedaron muy por debajo de los griegos, pero perfeccionaron la ornamentación. Los primeros reyes pensaron más en ensanchar que en embellecer la ciudad, así que las habitaciones de los romanos eran

miserables cabañas, ¡cuánto tenía que hacer la arquitectura y cuánto hizo! Andando el tiempo las cabañas se convirtieron en espléndidos palacios, y Roma en la primera ciudad del mundo, en la ciudad del Capitolio, del Foro, del Campo de Marte, de las grandes vías públicas, de los anfiteatros, de los acueductos, y de las termas sin fin. Y para mayor gloria, si en Grecia nacieron los órdenes *jónico*, *dórico* y *corintio*, en Roma tuvieron cuna el *toscano*, que es el más sencillo, y el *compuesto*, mezcla del *jónico* y el *corintio*, que es el más rico.

La arquitectura árabe se distingue particularmente por la elevación y atrevimiento de las bóvedas, la ligereza de las columnas, la variedad de los capiteles y la multitud prodigiosa de los adornos. Entre los restos de la arquitectura árabe merecen especial



Catedral de Córdoba.

mencion las murallas y el acueducto de Alejandría, las puertas del Cairo, las mezquitas de Alepo y de Jerusalem, la Alhambra de Granada y la catedral de Córdoba, que participa del estilo árabe, y en su parte mas moderna pertenece al del renacimiento.

La arquitectura gótica es el resultado de una revolucion artística operada lentamente: ha producido obras que no morirán nunca. La mayor parte de nuestras catedrales y edificios antiguos pertenecen á este estilo suavizado por el árabe, habiéndose construido muchos de ellos en tiempo de su larga dominacion.

E. H.



La Alhambra.

LA PACIENCIA.

CUENTO.

Con la paciencia se aplacará el Principe,
y la lengua blanda quebrantará la dureza.

PROVERBIOS.—Cap. 25, ver. 15.

Era Matilde una jóven de veinte y dos años, inocente, virtuosa y modesta. Sus preciosos atractivos que la hacian merecedora de general estimacion, lograron cautivar el corazon de varios caballeros que anhelaban poseer su mano, y que por cuantos medios puede sugerir el amor, trataron de merecer el de Matilde.

Obediente á sus padres, juzgando que estos mejor que ella podrian darle por esposo un hombre digno de su cariño, no vaciló en aceptar por compañero de su vida á Joaquin Mendoza, jóven que por sus buenas prendas interesó en su favor á los padres de la doncella.

Algun tiempo vivieron felices ambos esposos; pero como suele suceder que ciertas personas abusen de los corazones buenos y sencillos, Joaquin, conociendo el carácter dulce y apacible de Matilde olvidó los deberes que su estado le imponia, y entregóse á la mas vergonzosa pasion: al juego.

Su esposa, que al principio nada sospechaba, le

veia taciturno, inquieto y desazonado. En vano le preguntaba, con la amabilidad hija del cariño. — ¿Qué tienes? — Por qué estás disgustado? — La respuesta

era agria, y la pobre Matilde no acostumbrada á tan ásperos modales, sufría con resignacion, contentándose solo con derramar tristes lágrimas.

Los dias enteros pasaba Joaquin fuera de su casa, y cuando volvía era para marcharse en seguida y no parecer en toda la noche. Matilde no se acostaba en estos casos. Sola, esperando á su marido, lloraba ó rezaba, mientras transcurrian las horas, angustiosas y lentas.

— Señora, le decian algunas veces sus ami-

gas, esas amigas encismadoras que tantos pesares suelen causar en las familias. — ¿Por qué llora Vd.?

— Porque no debo sino llorar, contestaba Matilde.

— ¡Desatino! Si Vd. quiere que Joaquin vuelva á la vida de buen casado procure Vd. darle celos. Diviértase Vd., admita galanteos, y de fijo, su marido se arrepentirá de sus faltas.

Matilde se avergonzaba de estos consejos que no podia abrigar en su alma virtuosa; y resuelta á sufrir y callar, seguía retirada en su casa, oyendo con resignacion las bruscas palabras de Joaquin, que desahogaba en su mujer los disgustos de una vida de inquietud y sobresalto.

Entretanto la fortuna de los esposos padecía una disminucion considerable, y la pobre jóven entreveía un porvenir funesto, si Joaquin no abandonaba el vicio que se habia apoderado de su corazon.

Una mañana aquel hombre infame se levantó mas temprano que de costumbre. Vistióse precipitadamente, y antes de salir abrió una gabeta que tenia en su despacho: estaba vacía.

— ¡Matilde!.... gritó furioso ¿No hay dinero?

— Se ha gastado, murmuró la jóven, pero no te enfades que lo tendrás en seguida.

Y así diciendo fué á su habitacion, de donde sacó un cofrecillo que puso en la mesa del despacho. Al abrirlo, dos lágrimas silenciosas rodaron por sus mejillas mojando sus manos que sostenian el cofre. Su marido las vió y lanzó una imprecacion terrible.

Matilde abrió el cofrecillo, y sacando varias alhajas las puso en manos de su esposo.

—Qué me das? dijo Joaquin estremeciéndose.

—Las alhajas que me regaló mi madre, respondió Matilde con voz temblorosa y sin poder contener el llanto que brotaba de sus ojos.

Joaquin temblaba sin querer y murmuraba palabras incoherentes.

—Vende esos objetos y satisface tus caprichos: dijo la jóven con acento indefinible.

Joaquin había palidecido; todo su cuerpo estaba convulso, y oprimía entre sus manos las alhajas del cofre. Quiso llorar y no pudo. Quiso gritar y la voz se ahogó en su garganta. Por último haciendo un violento esfuerzo exclamó:

—¡Matilde! ¡perdon!

Y arrepentido, frenético, delirante, cayó de rodillas á los piés de su esposa, que embriagada de alegría y gratitud solo pudo decir.

—¡Gracias, Dios mio!

Joaquin se había salvado.

AUGUSTO JEREZ PERCHÉT.

ANÉCDOTA.

El señor conde de Sponnek, consejero del rey de los Helenos, se embarcó no há mucho tiempo en Copenhague para Hamburgo, y dirigirse de este puerto á Bruselas; y había embarcado consigo un hermoso perro, á quien quería mucho.

Durante la travesía este animal corria y saltaba alegremente sobre cubierta delante de su amo, que le acariciaba y animaba muy satisfecho del cariño de su leal compañero de viaje, hasta que en uno de sus arranques el perro saltó á la baranda y en una sacudida del buque cayó al mar.

—¡Mi perro!... mi perro!... grita el Conde vivamente afectado. Capitan, por favor, parad el barco, detenéos.

—Lo siento en el alma, señor Conde, dijo el capitan, pero el reglamento nos prohíbe terminantemente parar por causa de un animal: tenemos el tiempo contado por minutos, y no podemos perder un momento.

—¿Y si se tratase de un hombre? dijo el Conde.

—¡Ah! ¡un hombre!... es otra cosa.

Apenas el capitan pronunció estas palabras cuando las voces de *¡hombre al agua!* se hicieron oír por todo el buque. Era que el Conde, no viendo otro medio de salvar á su perro, se había arrojado al mar vestido como estaba.

El vapor se detuvo inmediatamente: el hombre se salvó, y con él su perro querido.

LABORES.

El pliego de patrones que repartimos con este número comprende en los números 1, 2 y 3, las piezas correspondientes á un cuerpo rizado de muselina ó nansouk, que se puede usar solo ó con el cinturón de gran novedad que representan las piezas 4, 5, 6, 7 y 8. Así las del cuerpo como las del cinturón no presentan mas que la mitad, y hay que cortarlas dobles para que resulten sin costura. Las letras que llevan indican su colocación.

Bolsillo de crochet y mostacilla.

Necesítase para esta labor torzal de color de punzó y mostacilla de acero, que se ensartará en el torzal antes de principiarse la obra.

Empiézase por cinco puntos de cadeneta, que se cierran en círculo: todas las vueltas de esta labor se ejecutan en *puntos dobles*, por lo cual omitiremos ya repetirlo.

1.^a Vuelta.—9 ps. en el círculo de los cinco.

2.^a—2 ps. en uno cada tres puntos, lo que dará 12 en la vuelta, haciendo uno en cada uno de los restantes.

3.^a—Como la segunda, y resultarán 18 ps.

4.^a—Como la anterior, y resultarán 24.

5.^a—*1 con mostacilla. (Para esto se baja la cuenta antes de hacer el punto: debemos prevenir á nuestras lectoras que el derecho queda por el lado opuesto al que se trabaja), 2 ps. en cada uno de las tres siguientes.* Se repite desde la señal, y lo mismo en las que siguen.

6.^a—*En el punto anterior á la cuenta 1 p. con cuenta, otro sobre la misma, y otro en el siguiente, 2 ps. en cada uno de los dos que siguen.*

7.^a—Como la sexta.

8.^a—Como la sétima.

9.^a—Lisa, haciendo dos puntos en uno cada tres puntos.

10.^a—Como la quinta, colocando la cuenta de acero en el punto que corresponde entre las piñas ya concluidas, y dejando entre unas y otras los puntos y crecidos necesarios para que el círculo quede sentado.

11.^a—Como la sexta.

12.^a—Como la sétima.

13.^a—Como la octava.

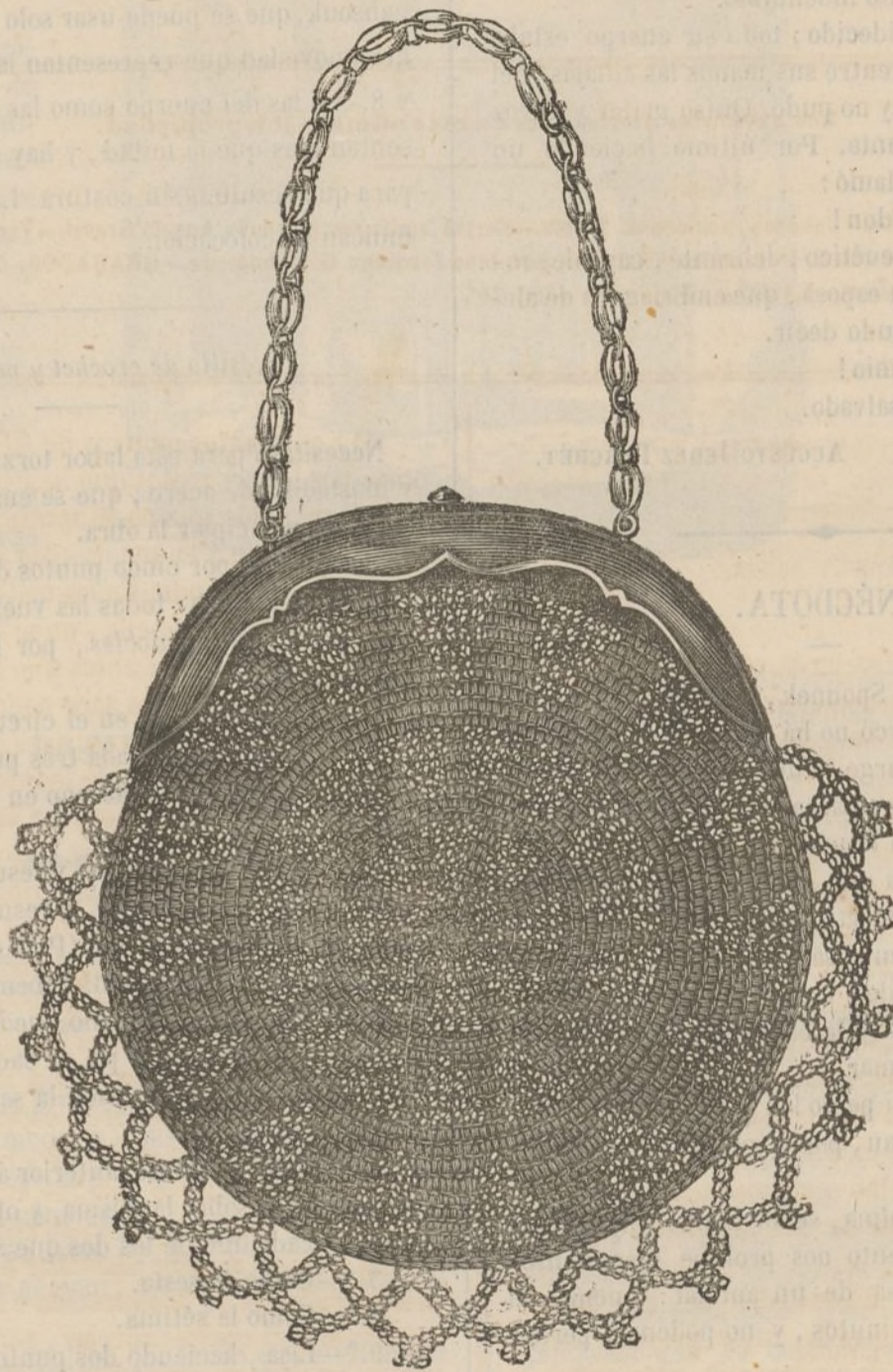
14.^a—Como la novena.

Se repite otra vez desde la vuelta décima, siempre colocando las piñas en el hueco de las otras, lo

que les hace quedar mas separadas entre sí. Concluida la vuelta diez y nueve está terminada una cara del bolsillo : hácese igual la segunda , y se unen ambas con una vuelta de cadeneta, excepto en el espacio que ocupa la boquilla. Pegada ésta , se ejecuta el fleco ó enrejado de cuentas del modo siguiente y con aguja de coser.

mas cuentas , se ensartan dos , se pasa la aguja por las cuatro cuentas que siguen y por las otras cuatro primeras de la presilla siguiente , y se colocan del mismo modo otras dos cuentas , repitiendo lo mismo hasta el final.

El objeto de esta tercer vuelta es solo colocar las dos cuentecitas que sirven de adorno al segundo fes-



Vuelta 1.^a—Se sujeta el torzal junto á la boquilla , y se ensartan en la aguja 9 cuentas , sujetándolas al bolsillo flojas , para que formen feston. Se ensartan otras 9 , y se repite lo mismo , hasta llegar al otro extremo de la boquilla.

Vuelta 2.^a—Se pasa la aguja con el torzal por las últimas cuatro cuentas que se han puesto , se ensartan ocho , y se sujetan pasando la aguja por la cuenta del centro de la presilla siguiente. Se ensartan otras ocho , y se hace lo mismo hasta el final.

Vuelta 3.^a—Se pasa la aguja por las cuatro últi-

ton , y con ella queda concluida esta lindísima labor , que puede hacerse en el color de torzal que mas agrade.

JOAQUINA G. BALMASEDA.

Por lo no firmado

El Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. LEON MORAN.

MADRID.—1864.

IMPRENTA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.